

Actos de amor

«De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis». Mateo 25: 40

Esta historia es una reflexión de cómo Dios nos usa de maneras que no imaginamos. Como señala Elena G. de White: «Hay ángeles que están esperando para ver si aprovechamos las oportunidades de hacer el bien a los que están dentro de nuestro alcance. Están esperando para ver si bendeciremos a otros, para que ellos a su vez puedan bendecirnos» (*Ministerio de la bondad*, cap. 25, p. 185).

Conocí a Tomás por coincidencia, cuando una tarde pasó frente a mi casa. Era un anciano apoyado en un bastón, encorvado por los años y cuyos pies caminaban con mucha dificultad. Me dispuse a ayudarlo pues vi que lo necesitaba, así que caminamos juntos en busca de su hogar. Yo nunca había visto a este hombre, así que no sabía hacia dónde nos dirigíamos. Mientras caminábamos, encontré a un pequeño que me ayudó a llevarlo hasta su casa.

Pasados unos días, fui con mi familia hacia la casa de Tomás, quien muy contento nos recibió. Este hombre vivía con su hermana y su sobrino, en la parte trasera de la casa, así que se desplazó hasta la sala para recibirnos. Conversamos, leímos unos versículos de la Biblia y oramos por él; así estuvimos yendo a visitarlo durante unas semanas. Un día le preguntamos a Tomás si quería estudiar la Biblia con nosotros y gustosamente nos contestó que sí.

El proceso de estudiar la Biblia en su casa no fue fácil, pues tuvimos que ganarnos la confianza de su hermana, que desde un inicio no estaba muy contenta de que lo visitáramos, pues ella debía irse a la iglesia (católica) y la estábamos retrasando. En muchas ocasiones, solo pudimos leer unos versículos y orar por él; en otras tocábamos la puerta, pero nadie nos abría aun estando su hermana y su sobrino en casa. Ellos le hablaban mal de nosotros para que él no nos recibiera, pero en ningún momento les hizo caso a esos malos comentarios.

Después de orar e insistir, ganamos la confianza de su familia e iniciamos el estudio de la Biblia. Tomás fue muy receptivo en cada lección que recibió, siempre tuvo en mente su necesidad de buscar a Dios. Al cabo de un mes y medio, Tomás pidió ser bautizado, y así sucedió un 2 de marzo de 2019.

Después de su bautismo, logramos entrar y ver dónde vivía él exactamente, y ese sábado nos dimos cuenta de la necesidad que tenía, no solo espiritual sino material. Su cuarto estaba construido con láminas, no tenía cama sino una silla perezosa, desgastada y vieja. A su alrededor había un recipiente con sus trastos y dos cajas de cartón que absorbían todo el espacio del cuarto, apenas podíamos dar algunos pasos dentro de la habitación. Al ver su necesidad, pusimos en

acción lo que nos dice Mateo 25:40: «*De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis*».

En familia y con unos hermanos de la iglesia limpiamos el cuarto de Tomás, derribamos un muro que absorbía espacio e impedía ordenar sus cosas, arreglamos el piso, lavamos su ropa... y, a las pocas semanas, un amigo de la familia no adventista donó una cama para que él pudiese descansar. Es maravilloso cómo Dios suple las necesidades de sus hijos, así como nos dice Filipenses 4:19: «*Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús*», y esto lo vivimos también como Grupo Pequeño, pues suplíamos las necesidades básicas de nuestro hermano, ya que su familia no le ayudaba.

Pasaron algunos meses cuando la hermana de Tomás sufrió un accidente y falleció. Debido a esta tragedia, el sobrino de Tomás entró en depresión y comenzó con el vicio del alcohol por la ausencia de su madre.

En varias ocasiones que él estaba en casa e íbamos a visitar a Tomás, orábamos también por él y le hablábamos, pero siempre era muy esquivo para las cosas de Dios. A pesar de nuestras oraciones, continuó bebiendo hasta que un día, de camino hacia el cuarto de su tío, sufrió un paro cardíaco. Como Tomás ya era un hombre mayor de edad, sin fuerzas y con dificultad al caminar, no pudo hacer nada para poder auxiliar a su sobrino, así que lamentablemente falleció frente a él.

Después de la pérdida de su hermana y de su sobrino, Tomás se quedó solo en esa casa y su salud comenzó a deteriorarse sufriendo también un derrame y un paro car-

diaco que lo tuvo unos días en el hospital. Gracias a Dios, logró salir del hospital y una sobrina decidió llevárselo a su casa para cuidarlo. Logramos contactar con su sobrina para poder visitarlo, y el sábado de esa misma semana nos dirigimos a la casa de su sobrina. Al vernos, Tomás se puso muy contento; no podía moverse y mucho menos hablar, pero sus ojos expresaron todo lo que su labio no podían decir. Cantamos y oramos por él con la esperanza de que se recuperara. Sin embargo, al día siguiente, Dios lo llamó al descanso.

La vida de Tomás me recuerda dos versículos:

- El primero, cuando el Señor llamó a sus discípulos en Mateo 9:9: «*Saliendo Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo que estaba sentado en el banco de los tributos públicos, y le dijo: "Sígueme". Y se levantó y lo siguió*». Tomás tampoco esperó mucho tiempo para poder tomar una decisión por Cristo; él supo que Dios le estaba llamando y que no debía esperar más.
- Y el segundo, cuando Jesús nos insta a decidarnos por él sobre todas las cosas, en Mateo 6:33: «*Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las cosas os serán añadidas*». Cuando buscamos a Dios sobre todas las cosas, él se encarga de suplir nuestras necesidades, y Tomás tenía una necesidad, no solo espiritual sino también material, la cual Dios suplió en el mejor momento.

¿Y tú, estás dispuesto a decidirte por Cristo y a dar el evangelio con actos de amor?

Daniela Carranza,
miembro de la Iglesia Central de Zacatecoluca,
Unión Salvadoreña.